



RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo III

¡PISTIS y no GNOSIS!

Si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo.—De Pablo, en la epístola a los Galatas, II, 21.

S el pasado, como tal pasado, es necesario; está, según los teólogos, fuera hasta del poder divino el hacer que no haya sido como fué, lo que fué ya de una manera dada. Del mismo modo es necesario el presente, en cuanto presente; lo que ahora, mientras escribo, es de una suerte, no puede ya ser de otra.

Queda, pues, relegado lo posible al porvenir, único verdadero reino de la libertad. Y como quiera que así que lo futuro se actúa, se somete al punto a la condición de presente, resulta una verdadera pérdida de libertad toda realización actual de un anhelo ó de una idea. Vivir en el porvenir es vivir en libertad, y vivir en el porvenir es vivir en el ideal, en su pureza toda irrealizable siempre. ¿Vive nuestra juventud en el porvenir?; ó lo que es lo mismo, ¿es nuestra juventud joven?

¡Momentos solemnes en la vida aquellos en que se nos abren los infinitos caminos de ella, y en que, suspensos de ánimo y ansiando recorrerlos todos, vemos con tristeza que el tomar uno cualquiera de ellos, es renunciar á todos los demás! Entonces rebullen en el espíritu los más opuestos proyectos y los más diversos propósitos; quisiéramos entonces serlo todo, viviendo en vigorosa indiferenciación. Es la edad realmente fecunda; la edad en que aún no se nos ha revelado nuestro destino; la edad en que sentimos en potencia en nuestro seno todas las misiones y las vías todas de una humana carrera. Luego se coge un camino, y no cabe ya desandararlo; el inflexible tiempo no se revierte.

Es la juventud, cuando es realmente joven, la edad en que las infinitas tendencias de nuestro espíritu se cruzan y entrecruzan cual activo enjambre en que aún apenas se vislumbra el impulso general resultante al cabo, pareciendo abiertas las sendas todas que en el horizonte se pierden; debe ser la juventud la edad de la fe verdadera, del entusiasmo creador.

Acababa de pasar Jesús por el mundo, donde quedaba aún el perfume de su huella y el eco vivo de sus palabras de consuelo; aún alumbraba á sus discípulos su memoria vivificante, como dulce crepúsculo de sol que ha muerto besando á la cansada tierra. Jóvenes las comunidades cristianas, esperaban la próxima venida del reino del Hijo de Dios; la persona y la vida del Divino Maestro eran el norte de sus anhelos y sentires. Sentíanse henchidas de verdadera fe, de la que con la esperanza se confunde, de lo que se llamó *pistis* (πιστις), fe ó confianza, fe religiosa y no teológica, fe pura y libre todavía de dogmas. Vivían vida de fe; vivían por la esperanza en el porvenir; esperando el reino de la vida eterna, vivían ésta. Daba cada cual á su esperanza la forma imaginativa ó intelectual que mejor le cuadrara, si bien dentro todos del tono común de sus comunes esperanzas—tono, y no doctrina,—variando así mucho los conceptos que de Jesús y de su obra se formaban. No es raro encontrar en los llamados padres apostólicos distintas concepciones, poco definidas de ordinario, de un mismo objeto de



la fe de esperanza; hasta gozaban de la santa libertad de contradecirse. En aquella masa de anhelos y de aspiraciones, hirviendo de entusiasmo, se dibujaban ya, aunque embrionarias todavía, las tendencias todas que constituyeron más tarde la larga procesión de las herejías; allí apenas había nacido la distinción entre ortodoxos y herejes, ó más bien era ortodoxa la herejía, por caber en el recto creer—reducido entonces á un vivo esperar,—la doctrina que para darle forma escogía cada cual. (Herejía, *haeresis*, *αἵρεσις* significa elección). La *pistis*, la verdadera fe viva, daba tono de unidad profunda á aquella riquísima variedad palpitante de futuras creencias diversas.

A medida que el calor de la fe iba menguando y mundanizándose la religión, iba la candente masa enfriándose en su superficie y recubriéndose de costra que le separaba más y más del ambiente, dificultando su más completa aireación. Aparecieron puntos de solidificación y cristalización aquí y allí. La juvenil *pistis* fué siendo sustituida por la *gnosis* (*γνῶσις*), el conocimiento; la creencia, y no propiamente la fe; la doctrina, y no la esperanza. Creer no es confiar. Hízose de la fe adhesión del intelecto; empezóse á enseñar qué es el conocimiento la vida; convirtiéronse los fines prácticos religiosos en principios teóricos filosóficos, la religión en metafísica revelada. Nacieron sectas, escuelas, disidencias, dogmas por fin. Poco á poco fué surgiendo el credo, y el día en que se alzó neto y preciso el llamado símbolo de la fe, fué que el espíritu de la *gnosis* había vencido, fué el triunfo del gnosticismo ortodoxo, el nacido de lenta adaptación, no de los comunmente llamados gnosticismos, de las prematuras y rápidas helezaciones del Evangelio. En adelante la fe fué para muchos cristianos creer lo que no vimos, *gnosis*, y no confiar en el reino de la vida eterna, *pistis*, es decir, crear lo que no vemos.

He aquí cómo pasa una juventud.

Hoy se reproducen aquí y allí movimientos análogos á los que anudaron aquellas primitivas comunidades cristianas; hoy se unen jóvenes de espíritu en la común esperanza del advenimiento del reino del hombre; hoy brota verdadera fe, *pistis*, santa confianza en el ideal, refugiado en el porvenir siempre. Créese por muchos en un nuevo milenio, en una redención próxima, en una futura vida de libertad fraternal y equitativa. Este ideal no se cumplirá tal vez, será eternamente futuro para mejor conservar su libertad preciosa, como no se cumplió la venida próxima del Cristo, cuyo reino no era de este mundo; pero reinará el hombre futuro, el sobre-hombre, en el alma de cada uno de sus fieles; viviremos así en el porvenir, y de tanta labor íntima quedará fecunda huella en la vida cotidiana.

¿Y en España? Aquí no hay *pistis*, no hay más que *gnosis*, y ella raquíca y pobre; no hay fe, no hay más que credos. Aquí la juventud no parece joven, porque no espera en nada; vive en la esclavitud del pasado, no en la libertad del porvenir.

¡Vedlos! en seguida se encasillan y se alistan, y se ponen etiqueta y mote, y rezan un credo cualquiera, y acatan á uno de los santones; casi todos son reaccionarios, aun los que menos lo parecen, hasta los que más combaten á la reacción. No hay juventud constituyente, toda ella es constituída, lo que quiere decir que no hay juventud propiamente tal.

Cuando por ahí fuera, en países de Europa, marcha gran parte de la juventud afrontando al porvenir, en busca del futuro reino del hombre, se estanca aquí en las mayores mezquindades del género chico, de la necia patriotería, de la estúpida actualidad, ó del politicismo al menudeo. La ruindad de nuestra juventud es manifiesta; casi todos los jóvenes tienen vocación de declamadores, de dómynes, de bufones, de eruditos ó de diputados á Cortes.

Me han dicho que hay jóvenes ocultos. La juventud no se oculta, no puede ocultarse. La vida que redonda, se derrama.



¿Dónde está la juventud española? ¿En las Universidades? ¿Entre esos estudiantes que se apacientan en el dominó y en los semanarios ilustrados? —¿En los Ateneos? ¿Entre esos declamadores, ayunos de doctrina y más ayunos de fe, que hacen párrafos como quien hace hormigón?—¿En los cafés y cervecerías? ¿En esos cotarros en que se murmura de todo bicho viviente, sin conocer de veras á nadie, y en que se llama lata á todo lo que no se quiere comprender?—¿En las redacciones de los papeles periódicos? ¿En el seno de esa prensa que teje y urde la trama de la mentira y de la insinceridad en que vivimos?—¿En sus casas? El que se queda en casa no es joven.

El temor al pasado les impide amar al porvenir en el presente, y esperarlo; no ven en el hoy más que la herencia del ayer, y no el patrimonio del mañana. Como el legado de la historia está constituido en formas definidas y concretas, creen en él con fe de *gnosis*, con adhesión del conocimiento, y le temen. Y no alcanzan á cobrar confianza en el porvenir indefinido y nebuloso, encapullado en misterio; no logran fecunda *pistis*, fe verdadera. Necesitan realidades concretas, netamente definidas, precisas y claras, tangibles á poder ser, de bulto; nada sienten en el ideal inconcreto, indefinido, flotante, en el ideal que encierra las posibilidades todas, en el ideal que repele toda fórmula. Viven esclavos de la ley que mata, de la que hace el pecado, de la ley, que no justifica.

Hablando yo en cierta ocasión delante de un joven, en edad corporal, del ideal de una sociedad futura, de vivas esperanzas en la redención del hombre, púsose á asaetarme á preguntas de cómo habría de ser esto y lo otro y lo de más allá, cada una de las minucias administrativas que constituyen nuestro derecho constituido. Quería el pobre un programa detallado... ¡un programa! Era de los que parecen creer que el dogma hace la fe, cuando en realidad de verdad la mata. Me dió lástima de aquel desgraciado infiel. Una juventud que pide eso que se suele llamar *soluciones concretas* y que jura sobre un credo cualquiera, no es tal juventud. No es juventud porque no es fiel, aunque sea creyente (cabe ser creyente infiel, y fiel incrédulo), porque no tiene fe verdadera, *pistis*, fecunda confianza, que se dirige siempre al ideal, radicante siempre en el porvenir, único reino de todo lo posible que no ha de realizarse nunca. La creencia, la *gnosis*, sólo se adhiere á lo hecho y constituido, á los mundos formados ya; la fe, la *pistis*, es confianza de que la nebulosa se resolverá en futuros mundos desconocidos hoy.

Sólo viviendo con la fe en el ideal inasequible y nebuloso, cabe obrar obras de vida eterna en el presente concrecionado y necesario.

Hay que vivir vida de verdadera fe en el ideal, henchidos de sinceridad, de tolerancia, y de misericordia.

¡Sinceridad, tolerancia y misericordia!

¡Sinceridad! ¡Santos anhelos de desnudarse el alma, de decir la verdad siempre y en todo lugar, y mejor cuando más indiscreta é intempestiva la crean los prudentes según la ley; santos anhelos de poner al descubierto y á la frescura del mundo nuestro espíritu, para que se airee y vivifique!

¡Tolerancia! ¡Viva comprensión de la relatividad de todo conocimiento y de toda *gnosis* y creencia, y de que sólo desarrollándose cada cual en su propio mundo de ideas y sentimientos, es como hemos de armonizarnos bajo unidad de fe en rica variedad de creencias! ¡Tolerancia! ¡Hija de la profunda convicción de que no hay ideas malas ni buenas, de que son las intenciones y no las doctrinas las que justifican los actos!

— ¡Misericordia! ¡Fecunda compasión hacia el pecador, el delincuente y el criminal! ¡Fuera de todo joven de verdad el demoniaco regocijo con que las gentes honradas, los justos según



la ley, los hombres de orden, piensan que se va á dar garrote ó cuatro tiros al delincuente, dando así, por instrumento del verdugo, desahogo á sus criminales instintos, á lo que tienen de común con el pobre ajusticiado! ¡Fuera de nosotros la justicia de ley, que mata á la misericordia, única que salva!

Y sobre todo fe más que creencias, *pistis* más que *gnosis*; porque de la *pistis*, en que se identifican la fe, la esperanza y la caridad; de la *pistis*, que da libertad, igualdad y fraternidad á los hombres; de la *pistis* brotan la sinceridad, para descubrir el ideal siempre y oponerle á la realidad; la tolerancia hacia las diversas creencias que dentro de la común esperanza caben; la misericordia hacia las víctimas del pasado y del presente incoercibles y fatales.

¡Sinceridad, tolerancia y misericordia!

MIGUEL DE UNAMUNO

En Salamanca, Enero de 1897.

SECCIÓN ACADÉMICA

TRANSFORMACIÓN DE LAS IDEAS POLÍTICAS

QUE HAN DIRIGIDO LA VIDA DE ESPAÑA EN EL PRESENTE SIGLO

Conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid por el Excmo. Sr. D. Antonio Mañá.

«La organización del poder público bajo el aspecto geográfico para los fines del Gobierno, Provincias, Ayuntamientos, Colonias y Territorios.»

SEÑORES:

AUNQUE vuestra benevolencia tal vez os impida conocerlo, sé que necesito explicar la irregularidad de estar yo aquí, y cada uno de vosotros escuchando. Me atrevo á esto porque tengo plena convicción de que cuanto más docto es el auditorio menos ha de poner de su parte el orador; la palabra dirigida al público entabla un diálogo en el cual importa mucho más el concurso silencioso de los entendimientos que escuchan que los estímulos del que habla, convocándoles y reteniéndoles para dilucidar en común el asunto. De otra manera ¿qué os había yo de decir, que cada cual de vosotros no tenga sabido? No alcanzo otra cosa, y ya es para mí honra señalada, sino convidaros á que me acompañéis y reflexionéis un rato conmigo, sobre este tema que ha dado mucho que pensar y discutir durante todo el siglo, y acaso todavía ha de ser materia de largas y porfiadas controversias: tema de tal magnitud que nadie esperará que lo abarque todo entero en esta conferencia; desde luego me declararé en quiebra si fuese tamaña la obligación. «La organización del Poder público »bajo el aspecto geográfico para los fines del Gobierno, Ayuntamientos, Colonias y Territorios; descentralización administrativa; ideas que acerca de ellas dominaron en las primeras »épocas constitucionales; modificaciones que posteriormente han sufrido; estado actual del »Estado, provincias y Municipios; nueva organización que han de recibir para que el Poder »público pueda ejercer sus funciones de una manera eficaz.» Bien comprendéis que cada cual de los enunciados, si hubiéramos de agotar la materia, abarcaría más de lo que cabe en una sola conferencia.

